

de despeñadero; pero que sin duda alguna corresponde á la primitiva roca, desde la cual tantas veces rodaron despedazadas la ambicion y la grandeza de los hombres. Junto al monumento sombrío de la crueldad, en los dias del paganismo, la Roma cristiana tiene un hospital bajo el nombre dulce de la Consolacion, destinado á curar fracturas, lesiones y toda suerte de heridas.

Al poner tan vecinos el suplicio y el triunfo; esto es, al fundar el Capitolio, el lugar de las apoteosis y de las coronaciones, tan cerca de la roca Tarpeya, no parece sino que los romanos, obedeciendo á una voz que no podian comprender, tradujeron en la mole gigantesca del templo y en la eleccion de la roca para suplicio aquella máxima de la eterna Sabiduría, que dice: *Extrema gaudii luctus occupat.*

DEL CAPITOLIO AL QUIRINAL.

I.

Así como en el espacio, que separa el Palatino del Capitolio, hemos recorrido las ruinas del Foro y meditado sobre el que fué centro de la vida política del pueblo romano, así en el camino, que emprendemos para llegar al monte Quirinal, tercero de nuestro estudio, nos es preciso tambien hacer una ligera pausa; que la merecen los restos imponentes que la vista descubre y el espíritu saluda.

Cuatro Foros magníficos ostentaba ya la ciudad de las siete colinas al comenzar el siglo II de la Era Cristiana: el Romano, el de César, el de Augusto y el de Nerva: el crecimiento de la poblacion, que contaba seis millones de habitantes, y el ejemplo de la magnificencia en las construcciones, transmitido y esforzado de uno en otro emperador, movieron, sin duda, á Trajano á emprender una de las obras más colosales de aquel tiempo: su Foro representa la desaparicion de una colina, que se alzaba entre el Capitolio y el Quirinal: la medida del desnivel antiguo y de la explanacion nueva ha quedado en la columna, á la vez triunfal y sepulcral, que todavía subsiste: cien piés de altura; cien piés fué rebajado el terreno, para que convertida en valle la cumbre, sobre él se extendiera el más suntuoso é importante Foro de la ciudad.

Las ruinas que hoy se ven, el suelo y los muros y los már-

moles rotos, que hoy llevan el nombre de Foro de Trajano, representan y ocupan una sexta parte del espacio que comprendió. Por dicha se ha salvado la columna, grandioso recuerdo de la Roma antigua. El viajero la contempla con asombro y con veneración, como un monumento insigne del arte y de la historia: el arte no había producido obra más bella en su género, antes bien dió el modelo para tantas y tantas otras columnas, que habían de erigirse en la serie de los tiempos, desde la Antonina en Roma hasta la de la plaza Vendome en París. Es de mármol de Carrara, compuesta de treinta y cuatro pedazos de mármol, de diez seis palmos de diámetro por la parte inferior y quince por la superior, de ciento veinte y ocho palmos de altura, sin contar la base, y la estatua dorada del emperador, que coronaba su capitel: la espaciosa escalera interior consta de ciento setenta y ocho gradas de mármol, que reciben luz por cuarenta y tres ventanas: una cinta de preciosos bajo-relieves rodea en suave espiral de veinte y tres vueltas toda la longitud de la columna, comenzando en la base misma y terminando en los piés de la estatua. Esa cinta ó faja puede considerarse como un libro de historia interesantísimo, ó más bien, como un verdadero papyro ó volumen en que están escritos los cantos de un poema. La escultura griega parece como que tenía reservada la última de sus hermosas creaciones, para honrar al primero de los emperadores romanos, que por su grandeza y sus hechos renueva las glorias más altas de la antigüedad. Si no es fácil el exámen de aquellos bajo-relieves en el monumento mismo donde se hallan, el dibujo y el grabado se encargaron tiempo hace de facilitarlos, reproduciendo en frescos y en estampas los rasgos maravillosos, que el cincel esculpiera en la columna. Allí están las victorias de Trajano sobre los pueblos del Danubio: veinte y cuatro grandes cuadros se desenvuelven desde el pedestal hasta la cúspide: comienza la acción de la epopeya por el paso de un río y la destrucción de un bosque, y termina por la retirada de los bárbaros ante las vencedoras huestes del imperio. Aquella columna encerraba, ya lo hemos dicho, un doble significado: testimonio de admiración y de honor ofrecido á Trajano por el Senado y

el pueblo, como tributo á una vida de combates y de glorias: monumento sepulcral, perpétuamente alzado sobre las cenizas del César y del guerrero, como homenaje de gratitud y de amor, que sobrevive á los estragos de la muerte. Al pié de la columna estuvieron las famosas bibliotecas Griega y Latina, donde todavía en el siglo VI se colocaban las estatuas y los bustos de los beneméritos de la inteligencia, de los autores que representan el último resplandor de la sabiduría y de la literatura del Lacio.

No es lícito á un escritor español hablar de la columna de Trajano, sin rendir tributo de simpatía y de gratitud á un insigne compatriota nuestro, que floreció en el siglo XVI, más conocido, sin duda alguna, en Roma que en España, por el resplandor de su sabiduría y la fama de sus virtudes: fué éste el dominicano Alfonso de Chacon, penitenciario apostólico en tiempo del Papa Gregorio XIII, y autor, entre otras obras, de un libro estimadísimo y no comun, que se titula *Historia utriusque belli dacici á Trajano Cæsare Gesti, ex simulacris que in columna ejusdem Romæ viduntur collecta*. La admiración y el cariño de este sabio español hácia el emperador Trajano eran tales, que acogió con verdadero entusiasmo, explanándola con todo género de eruditas consideraciones, la benévola tradición de que, á ruegos de San Gregorio Magno, Dios se había dignado de obrar un milagro, devolviendo á Trajano la vida y otorgándole la gracia del bautismo y de la salvación.

No ha de confundirse este Chacon con otro del mismo apellido (*Ciacconius* en latin), llamado Pedro, también español, también sacerdote, sabio también, y nombrado por el mismo Papa Gregorio XIII para la comisión de corrección del calendario y de los libros canónicos de la *Biblia*: este Chacon, toledano, que murió en 1581, fué enterrado en la iglesia española de Santiago, en Roma: el otro, dominicano, de Granada, murió en Roma el año 1599.

En el Foro Trajano estuvo la Basílica Ulpia, así llamada del primer nombre de aquel emperador: era el más suntuoso edificio del Foro, como acreditan los pocos restos que aún se descubren, mínima parte de su admirable fábrica, de dorado

techo y de doble peristilo, con noventa y seis columnas, cuya anchura no era menor de 185 piés: los mármoles de todas clases, los pavimentos de pórfido, los adornos del gusto más exquisito, concurrían á embellecer aquella obra, dirigida por el griego Polidoro, colocándola en primera línea de las notables, con ser tales y tantas las que por entónces cubrían las esplendorosas regiones del Palatino y el Capitolio. Los arqueólogos, reconstruyendo con auxilio de las medallas y de los datos, que el antiguo plan de Roma suministra, los ámbitos del Foro de Trajano, lo imaginan y ofrecen como un agregado de fábricas magníficas, en medio de las cuales se levantaba la gran columna, que mide la altura del Quirinal, *ad declarandum quantæ altitudinis, mons et locus tantis operibus sit egestus* (como se lee en la inscripción antigua de la base), monumento perenne de la guerra dáica, y monumento digno de tan gran emperador: dibujan, como si las vieses, las dos bibliotecas: la Basílica con sus tres entradas, que formaban otros tantos pórticos, famosos por la cubierta de metal dorado, que Pausanias recuerda y era admiración de las gentes; el templo erigido á Trajano por su sucesor Adriano; el arca en cuyo centro se veía la estatua ecuestre del César, que daba nombre á tantas maravillas, y poco más lejos, como formando la puerta, digna de tal recinto, un arco de Trajano, el mismo acaso, cuyos bajo-relieves irán luégo á adornar el de Constantino, entre dos pórticos semicirculares, que formaban una de las extremidades del Foro.

Pero no son todos meramente históricos y arqueológicos los recuerdos, que despierta el lugar en que nos hallamos; á él se asocian otros recuerdos de gloria más duradera.

Es singular que la Basílica Ulpia fuese desde luégo la preferida para la ceremonia más simpática, que el ritual del paganismo nos ofrece; la manumisión de los siervos: en ella se encontraron, dice Plinio, el principado y la libertad. No parece sino que este destello de humanidad en aquella region era la tímida y lejana aurora de una luz, que dos siglos más tarde habia de brillar sobre aquel cielo.

Estamos en los primeros años del siglo IV: es un día de gran

concurso en el Foro de Trajano: el emperador Constantino, rodeado de la doble aureola del soberano bien querido y del guerrero victorioso, aparece en la Basílica, en medio de los senadores y del inmenso pueblo, que llena los pórticos y las avenidas todas del Foro. Algo nuevo, extraordinario, acontece en la ciudad y en el imperio: una alegría desacostumbrada inunda el alma del emperador y embellece la majestad de su semblante. Todas las miradas se fijan en el César; todos los espíritus se concentran y uniforman en un movimiento de profunda expectación: una voz va á dejarse oír en aquellos ámbitos dilatados, sobre aquel silencio imponente: es la voz de Constantino. Aun parece que se escucha el eco de sus palabras, que fueron éstas:

«La triste inquietud de los espíritus no tendrá nunca tregua, si un rayo de la purísima luz de la verdad no disipa las tinieblas de la ignorancia: ábranse los ojos del alma y morirá la mentira. Renunciemos á supersticiones creadas por los ignorantes y mantenidas por los fanáticos: sea sólo adorado el Señor, que reina en los cielos. Sabed, pues, todos y cada uno que abjuramos el error, con ayuda de Jesucristo, á quien reconocemos por Dios nuestro, y queremos que sus adoradores tengan libremente sus sagrarios, y que sus Pontífices gocen de las inmundidades hasta aquí concedidas á los sacerdotes de los falsos dioses. Para que sea, pues, notorio al orbe romano que inclinamos la frente ante Cristo, hemos ya dispuesto erigir un altar en honor suyo en el recinto de nuestro propio palacio.»

Un historiador griego ó romano hubiera empleado muchas páginas en dar cuenta de este suceso: el humilde cronista de las virtudes y de la muerte de San Silvestre lo refiere con encantadora sencillez.

No bien Constantino habia terminado su arenga, el más venturoso y elocuente discurso de la corona, de que ofrece noticia la historia de los reyes y de los pueblos, cuando el romano, que en gran multitud llenaba el Foro, prorumpió en exclamaciones de alabanza y de alegría, que duraron cerca de dos horas: *vox populorum per duarum fere horarum spatium hæc fuit*: ¡El Dios de los cristianos es el solo verdadero; que se

cierren los templos y se abran las iglesias! Entre aquella multitud estaban los humildes pobladores de las Catacumbas, los que ofrecían el verdadero culto á la luz de las lámparas de barro en los subterráneos de la via Appia, los fieles al sucesor de San Pedro, que formaban su rebaño y su familia. ¡Con cuánto gozo asistirían al triunfo público y solemne de la verdad, más esplendoroso y conmovedor que todos los triunfos de los caudillos romanos, á lo largo de la via Sacra, sobre la cumbre del Capitolio! La palabra de Constantino, grave y prudente, alterna más de una vez con los gritos prolongados de la muchedumbre: cuando ésta, arrastrada por el entusiasmo, lleva á términos de alguna exageración las manifestaciones de celo ardoroso y de sentimientos comprimidos, y pide que los sacerdotes de la gentilidad sean arrojados inmediatamente, *sacerdotes templorum urbe pellantur! Jubete ut hodie pellantur!* Constantino explica con admirable elocuencia los caracteres que distinguen el servicio de Dios y el servicio de los hombres; quiere la espontaneidad del espíritu en abrazar la ley del Salvador, y rechaza la imposición y la violencia contra los que no quisieren abrazarla. « Quien rehusáre, dice, hacerse cristiano, no tema por ello caer de nuestra gracia: al desear que imiten todos nuestro ejemplo, muévenos un vivo sentimiento de amor: aquellos que con mas fervor abrazaren el cristianismo tendrán nuestro cariño más sincero y entrañable.»

No han leído, de cierto, estas hermosas palabras y todo este interesantísimo pasaje de la vida de Constantino los que le presentan animado por espíritu de intolerancia.

El suceso, que determina un cambio feliz en la marcha de las sociedades, que abre nuevos y dilatados horizontes á la civilización del mundo, se verifica en el Foro de Trajano: la estatua de un español insigne preside aquel acto, que dentro de poco imitará en Toledo, abjurando el arrianismo, otro rey español, fundador, quince siglos hace, de la unidad católica de España, cuyo eclipse y momentáneo rompimiento lloramos en estos mismos instantes, mirando con rubor de españoles la columna de Trajano, y con dolor de católicos la estatua de San Pedro, que la corona.

No puede darse nada más bello y conciso que la inscripción que hoy se lee al pié de la columna Trajana:

SIXTUS V. PONT. MAX. B. PETRO APOST. ANN. III.

¡Qué admirable y qué dulce coincidencia! Constantino elige la Basílica de Trajano para publicar ante el mundo el triunfo del cristianismo. Trajano cede á Constantino los mármoles y los relieves de su hermoso arco, para honrar y perpetuar la memoria del vencedor de Maxencio, del *fundador de la paz*.

II.

En el Palatino vimos á Rómulo, amamantado por la loba, adoptado despues por Fáustulo: en el Capitolio estuvo la cabaña de Rómulo, ya hombre y caudillo y fundador. En el Quirinal no es ya la sombra bienhechora de la higuera ni el humilde calor de la choza lo que espera á Rómulo: es el templo. Rómulo deificado se llama Quirino: el lugar donde bajo ese nombre recibe culto se llama *Quirinal*: es una colina, que forma como la cuarta prolongación de la campaña romana: en el espacio, que la separa del Capitolio, hay una prominencia ó cumbre, que Trajano suprimirá para construir su Foro.

Como todas las colinas de la clásica Roma, ésta en que nos hallamos tiene tambien su leyenda. Antes de que existiera el bosque sagrado y antes de que Rómulo, convertido por los sabinos en dios Quirino, tomara de él posesión, los pelasgos habian pasado por aquella altura y dejádole su nombre *Agon*, de donde se llamó *mons Agonalis*, monte de los Sacrificios. La existencia de los sabinos en el Quirinal se pierde, pues, entre las brumas de lo prehistórico. En los tiempos de Tacio ya existía sobre el Quirinal lo que despues se llamó el Capitolio Viejo; es decir, que antes que Capitolio propiamente Romano hubo Capitolio Sabino; formábanlo varios templos, alrededor del de Quirino, especie de dios nacional. Tales fueron el de *San-*

cus (*Sango*) ó de la Buena Fe; el de la Salud (*Salus*); el de Júpiter, deidad comun á los pueblos de Grecia é Italia; el de Juno y el de Minerva; diosas ambas muy importantes de la teogonía sabina.

Antes de verificarse en el *Comitium* la alianza, fusion más tarde, de las dos familias romana y sabina, el *mons Agonalis* ofrece todos los caracteres y toda la importancia de la cuna, la ciudadela y el altar de un pueblo, que tiene existencia propia. Verificada aquella fusion y enlazadas entre sí las colinas, para servir de asiento á la gran ciudad, todavía el Quirinal, especie de Asturias de la raza sabina, se distingue en la serie de los siglos por un apego tenaz á las tradiciones, al culto y hasta á las costumbres del antiguo pueblo de Tacio. De esta suerte se explican sin dificultad la existencia de muchos monumentos y la razon de no pocos hechos, que con aquella aristocrática colina se relacionan. Hubo un lugar en la parte más elevada de aquella region, al otro lado de la que se llamaba puerta *Collina*, no léjos del *Agger* de Servio y de la actual puerta Pía, que parece repetir aún en eco misterioso los tristes gemidos de las vestales, allí enterradas vivas por ministerio de una ley implacable, cuando sobre ellas recaía prueba ó sospecha de haber faltado á la castidad. No pueden leerse sin horror los pormenores de aquella lúgubre comitiva, que, atravesando todo el Foro Romano, se dirige por el de Marte hasta la altura de la colina Agonal, donde está ya abierto el profundo subterráneo, oscura y eterna cárcel de una mujer infeliz. Mas de veinte siglos han pasado, y aún al recorrer en tarde melancólica de otoño el campo solitario de la puerta Pía, que corresponde al campo *Scelerato*, que guardó en sus entrañas el gemido y la desesperacion de las vestales sin ventura, el pensamiento se vuelve hácia aquella edad de tinieblas y de confusion y de virtud mal entendida y de castigos feroces, para bendecir con toda el alma la ley santa y civilizadora, que exaltó la castidad, y puso los fundamentos del orden y de la justicia.

Al antiguo Quirinal se refieren tambien las escasas noticias, que quedan de los sacerdotes *Salios*, instituidos por Tulo Hostilio, á imitacion de aquellos otros, cuyo origen se remonta á Nu-

ma, que habitaban en la falda septentrional del Palatino. Sacerdotes y guerreros tenían por númen tutelar á Mamurio (*Mamens*, *Marte*), en cuyo honor cantaban versos y hacian fiestas por espacio de dos semanas. Todavía los regionarios de Roma dan noticia en el siglo VII de una calle de Mamurio, que comprendia una parte del espacio desde Santa Susana á San Vital; siguiendo la direccion de la via Pía: en lo alto de la colina hubo un altar de aquel númen sabino, especie de héroe de la leyenda y de los cantos populares.

El templo de Quirino estuvo en la parte del monte que da frente al Viminal; es decir, dominando el valle que á esta otra colina conduce, y que tuvo el nombre de *Vallis Quirini*. De su arquitectura primitiva, escasas ó insignificantes noticias se tienen: cuando, refiriéndose á los edificios del antiguo Quirinal, usaba Valerio Máximo la frase *humilia tecta*, bien se comprende que no brillaron, ni podia ser que brillasen, por la magnificencia y los adornos. El templo de Rómulo, con nombre de Quirino, fué erigido por Numa Pompilio, reparado y engrandecido por Papirio Cursor, y reedificado por Augusto.

De su doble pórtico de setenta y seis columnas, alusion en mármol á los años de edad del Emperador, nada ha quedado; la estatua de Julio César consagrada *invicto deo* en aquel templo, uno de los más suntuosos, que Augusto construyó, no existe. De aquel otro pórtico de hermosas columnas, que rodeaba el recinto del templo, y que contenia, al decir del vecino Marcial, á la mayor turba de ociosos de Roma:

*Vicini pete porticum Quirini
Turbam non habet otiosiore
Pompejus..... etc.,*

tampoco han quedado vestigios, si ya no es algun que otro fragmento de mármol, algun capitel dórico destrozado, que de vez en cuando se descubren en los huertos adyacentes á la iglesia de San Andrés en Monte-Cavallo.

Allí, no léjos, estuvo el templo de la Salud, que dió nombre á la puerta *Salutaris*: en la tercera prominencia, que por mirar al campo Marcio se llamaba *Marcialis*, se alzaba el